

Tania Pleitez Vela

**“Tengo que volver a ser persona”. Conversación con Jorge Galán
a propósito de su novela *Noviembre*¹**

Universitat de Barcelona, España

tplείτε@gmail.com

Jorge Galán se acerca a saludarme y puedo ver, inmediatamente, que su mirada no sólo es sombría, anegada de cansancio, sino que también es la de un hombre partido. Muy diferente a la del hombre que conocí en 2010 en San Salvador, cuando lo entrevisté para una investigación sobre el campo literario salvadoreño. Entonces, aunque era la de un hombre tímido, su mirada era otra, incluso apasionada, sobre todo cuando hablaba de la literatura fantástica y de su mentor, Francisco Andrés Escobar.

El 26 de noviembre de 2015 me reuní con él en Barcelona, antes de que tomara un vuelo a Madrid, para hablar de su más reciente publicación, *Noviembre* (México: Planeta, 2015). Desde que salió intempestivamente de San Salvador, el 11 de noviembre, Jorge Galán está sumido en la incertidumbre y en una situación delicada que lo obliga a adoptar una actitud de suma discreción ya que se encuentra en trámite su solicitud de asilo ante el gobierno de España.

Jorge Galán nació en San Salvador en 1973 y es un reconocido poeta que en los últimos años ha incursionado en la novela. En 2000 se le concedió el Gran Maestro de Poesía Nacional (El Salvador) y, en 2004, con *Tarde de martes*, ganó el Premio Hispanoamericano

¹ Esta es una versión actualizada de la entrevista publicada el 4 de diciembre de 2015 en el periódico digital *El Faro*, en el [blog de la autora](#). *The New Yorker* recientemente dedicó un artículo al caso de Jorge Galán: [“A Salvadoran Writer Goes Into Exile”](#) de Danielle Marie Mackey.

de Poesía de Quetzaltenango (Guatemala). Dos años después, en 2006, su poemario, *Breve historia del alba*, recibió el prestigioso Premio Adonáis (España). *La habitación* (2007) y *El día interminable* (2004) son otros de sus libros, este último incluido en la Colección “Nueva Palabra” de la editorial estatal salvadoreña. En 2010, su largo poema *Los trenes en la niebla* recibió el Premio del Tren “Antonio Machado” de Madrid, mientras que la edición de enero-febrero de la revista *World Literature Today*, de la Universidad de Oklahoma, dedicó su portada a Galán. Al año siguiente, obtuvo el Premio Iberoamericano para obra publicada Jaime Sabines (México). Sus últimos poemarios han sido publicados en España: *El estanque colmado* (Visor, 2010), *La ciudad* (Pre-textos, 2011) y *El círculo* (Visor, 2014). En 2013 se publicó, también en España, su novela *La habitación al fondo de la casa* (Valparaíso).

Escribir la penumbra

De lo primero que hablamos es de su novela que, precisamente, he terminado de leer a las cinco de la madrugada de ese mismo día. Así, rodeados del murmullo en el café donde nos encontramos, Jorge Galán profundiza sobre *Noviembre* y del sitio que ésta ocupa en el conjunto de su obra. Por ejemplo, me cuenta que, en contraste con su anterior novela, *La habitación al fondo de la casa*, la cual trata sobre una ciudad todavía inmersa en una ingenuidad que poco a poco se va diluyendo; en *Noviembre* quiere mostrar la fractura de ese espacio, donde lo que queda son sólo los vestigios, las ruinas, de aquel tiempo más bondadoso, pues para 1989 –año en que arranca la novela–, en ese mismo lugar, la oscuridad y el odio se habían impuesto sobre lo humano y la empatía.

El argumento de *Noviembre* está vertebrado a partir del asesinato de los seis jesuitas de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA) –Ignacio Ellacuría, Amando López, Juan Ramón Moreno, Ignacio Martín-Baró, Segundo Montes y Joaquín López– y de la colaboradora de Ellacuría, Elba Ramos, y la hija de ésta, Celina, por miembros del batallón Atlacatl, el más sanguinario de la Fuerza Armada salvadoreña. El asesinato tuvo lugar el 16 de noviembre de 1989, durante la llamada “Ofensiva hasta el tope”. Esta ofensiva representó el ataque de mayor magnitud realizado por la entonces guerrilla, aglutinada en el FMLN

(Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional), y duró del 11 de noviembre hasta principios de diciembre de ese año, en el contexto de la Guerra Civil (1980-1992). Según los militares salvadoreños, los padres jesuitas –sobre todo Ellacuría– representaban una amenaza por cultivar la Teología de la Liberación, es decir, les consideraban simpatizantes y aliados de la guerrilla y, por lo tanto, subversivos. Su asesinato fue una de las estrategias del ejército para contrarrestar la Ofensiva, una misión que no debía dejar testigos y, además, debía incriminar falsamente a la guerrilla: con este fin, el batallón Atlacatl dejó pintadas en el sitio del crimen.

El asesinato causó gran indignación e intensificó las presiones de la comunidad internacional para que el gobierno y la guerrilla iniciaran un diálogo que pusiera fin a la guerra. Los Acuerdos de Paz finalmente se firmaron el 16 de enero de 1992, los cuales pusieron de manifiesto una “fórmula conciliatoria” de tipo político: la izquierda se comprometía a respetar un régimen político democrático y aceptar una economía capitalista con una reforma socioeconómica limitada, mientras que la derecha se comprometía a mantener un régimen político democrático con la participación de la izquierda y con cierto grado de reforma socioeconómica. El Informe de la Comisión de la Verdad publicado el 15 de marzo de 1993, que documentó los crímenes de guerra, fue contrarrestado por la Ley de Amnistía para la Consolidación de la Paz, decretada cinco días después –el 20 de marzo–, la cual “perdonó” todos los crímenes de guerra, incluidos los de lesa humanidad. Se implementó, pues, una política de “borrón y cuenta nueva”. La impunidad de esos crímenes siguió latente y la memoria histórica fue comprimida, cercada, desde la oficialidad. No obstante, por medio de los resquicios, la voz de las víctimas logró colarse gracias a la lucha activista de defensores de los Derechos Humanos, como María Julia Hernández de Tutela Legal, y de entidades como el Instituto de Derechos Humanos de la UCA (IDHUCA).

Volviendo a la novela, esta también le brinda espacio a otras personas que fueron tocadas por la tragedia: el desgarrado Obdulio, esposo de Elba y padre de Celina, quien descubrió los cuerpos de los ocho asesinados; y la terrible experiencia que sufrió Lucía de Cerna –testigo ocular del crimen que los militares no advirtieron cuando cometieron el asesinato– y su familia cuando se intentó acallar su testimonio. Aunque entre 1991 y 1992 se

juzó a nueve militares, dicho juicio fue considerado un fraude ya que no cumplió las mínimas garantías procesales y sólo condenó al coronel Guillermo Benavides y al teniente René Yussi Mendoza (a treinta años de cárcel) aunque en abril de 1993 fueron liberados en el marco de la Ley de Amnistía.

Así, este crimen, y las circunstancias alrededor del mismo, se convierten en el dispositivo narratológico de la novela para desentrañar algo mucho más profundo e intrínseco: ese animal agazapado en la penumbra que pervivió durante una época de represión, secretismo y clandestinidad en El Salvador: *el miedo* cincelado en un clima de odio. Pero también es la historia de cómo y por qué empezó una lucha por vencer ese miedo y la impunidad. La novela, por lo tanto, invita a reflexionar sobre la sociedad de entonces pero también sobre la actual, sobre las implicaciones de la impunidad en una sociedad violenta, y a cuestionar la validez de los Acuerdos de Paz y del periodo de reconstrucción (años noventa) frente a la memoria.

Noviembre es una novela de no-ficción y, como lo dice su nombre –una especie de oxímoron–, se trata de un género literario híbrido: se retratan hechos y personas de la vida real pero utilizando las técnicas dramáticas de la novela, incluyendo los diversos puntos de vista y, en ocasiones, echando mano de recursos y personajes ficticiales para darle agilidad a la narración. *Noviembre* está estructurada en siete partes, cada una dividida en varios capítulos breves dedicados ya sea a momentos destacados del hecho histórico, episodios cotidianos de los personajes (sean estos reales o ficticios) o *flashbacks*, creando de esta forma una prosa con pliegues, relieves.

En la novela de Galán, también coexisten pasajes filtrados por la poesía –la imagen poética rezuma– y esto evidencia al poeta que el autor también es: ahí están los grillos, la luna, la brisa, las nubes, que acompañan los hechos, a veces enfatizando la desgracia, en otras contrastándola. En otras ocasiones, se percibe una fibra teatral:

Tojeira salió de su habitación y se dirigió a la entrada. Afuera todo estaba detenido. Las sombras que eran sus compañeros estaban en silencio, paralizadas como si formaran parte de un escenario fantástico movido por un mecanismo al que se le hubiera acabado la cuerda. Una fotografía en blanco y negro de un instante grave y sombrío, antes de una tragedia. [...] Una madrugada fría de noviembre,

ventosa, sin luna, con los faroles de energía eléctrica apagada, oscura como el interior de un ataúd cuando se cierra. (40).

La novela parte de una indagación, de una búsqueda, realizada por un yo narrativo del cual nunca conocemos su nombre aunque se adivina que se trata de alguien que era aún muy joven cuando sucedieron los hechos. Ese yo está interesado en desengranar la memoria histórica y a lo largo de la novela entrevista a José María Tojeira, Jon Sobrino, Alfredo Cristiani, Francisco Andrés Escobar ... Pero también aparece un narrador omnisciente que es el que nos sumerge en la mente de Ellacuría o Tojeira, por ejemplo, o nos describe detalles de la vida cotidiana de los jesuitas, de Monseñor Romero, del entonces arzobispo Rivera y Damas, y otros más. Esas dos voces se alternan con la de los entrevistados y con la de los personajes ficticios, construyendo así una novela polifónica, con varias capas que poco a poco van desvelando las perspectivas de los protagonistas de ese hecho histórico, pero también de los observadores, ajenos pero inmersos en esa realidad, en ese momento preciso que conmocionó al país.

El eje sobre el que se precipita la novela es el clima asfixiante, enrarecido, angustioso, representado alegóricamente por la oscuridad, lo sombrío. No obstante, ese eje se ramifica, a ratos, en una especie de ingenuidad –una mirada cándida, limpia– que albergan algunos personajes, una que demuestra que en aquel momento la penumbra aún no permeaba completamente los días, las almas y las querencias: ahí están el barco fantasma encallado en el puerto de Acajutla que dos adolescentes añoran ver con sus propios ojos; el niño humilde de Chalatenango –después, un soldado– que quiere ir a ver el museo del viejo aventurero de barba blanca; los baños en el río de Monseñor Romero y su andar por las piedras, descalzo; la sólida convicción de Ellacuría que la paz se podía lograr muy pronto y de la mejor manera.

Galán nos habla de la humanidad de estos jesuitas: sus alegrías, su cotidianidad, su gente y su tierra. Pero esa humanidad también queda retratada en la entrega de éstos al estudio y conocimiento, así como al trabajo en las comunidades más humildes. Nos describe sus ropas gastadas y viejas, que demuestran la vida de personas enteramente entregadas a la vida académica, viviendo casi en la pobreza. Es decir, no estamos aquí sólo frente a figuras

públicas. En la novela se nos desvelan, por medio de pequeños detalles y gestos, unas *personas*.

En ese sentido, la novela se convierte en memoria viva, sobre todo para las nuevas generaciones, las que vienen, las cuales podrán palpar el humanismo que como país hemos ido perdiendo, desde hace años, debido al odio que contamina, la violencia que atenaza, a nuestro cuerpo social. Por lo tanto, *Noviembre* brinda luz no sólo al ambiente de represión de aquellos años, al sonido ambiental del miedo, sino que también a las vidas y elecciones de estos hombres. Gracias a ello, son retratados ya no sólo como *víctimas* o *mártires*, como han sido advertidos hasta ahora, sobre todo quienes no los conocieron personalmente, o por las generaciones más jóvenes. Por medio de esta radiografía podemos verlos como *seres humanos*: carne, hueso, alma y corazón, y es esto lo que entrará en el imaginario colectivo – como complemento definitivo a la otra imagen– si la novela es leída con sensibilidad y atención. Así, se trata de una intervención en la memoria histórica y en el imaginario para que leamos más allá de la polarización y de esa muerte que los ha convertido en víctimas.

Por otro lado, gracias a los recursos literarios que le otorgan dramatismo a ese teatro de sombras, los lectores penetran en la historia, en el espíritu de esa historia, y se percatan de unos acontecimientos (la Matanza de 1932, los asesinatos de Monseñor Romero y Rutilio Grande, las masacres) que anteceden la culminación de esa espiral: el asesinato de los jesuitas. Se obliga al lector a mirar de frente la noche oscura que impregnó la historia, una noche que no termina y se extiende, porque el olor a sangre queda tatuado en la mente del lector de *Noviembre*. Y provoca preguntas: ¿En qué momento dejamos de ser país? ¿En qué momento empezó nuestro teatro del miedo y el odio? ¿Cuándo nos rompimos?

A medida que la novela nos muestra cómo todo apuntó a que las amenazas podían terminar en lo temido, la pregunta deja de ser: ¿Por qué los mataron? En la novela, la pregunta más bien se transforma en: ¿Por qué se quedaron? ¿Por qué Ellacuría volvió a El Salvador días antes de su asesinato a pesar de que era consciente que su vida corría peligro? ¿Por qué se quedaron en la casa donde vivían en la universidad cuando dos días antes habían sufrido un cateo militar? Y esa pregunta lleva a una más atroz: ¿Murieron en vano? Por medio de una narración sostenida con retoques poéticos a pesar de la crudeza de los hechos, y con un

desapasionamiento ideológico, Galán intenta responder a esas dos preguntas realizando, repito, una radiografía de esos hombres desde la humanidad. Así, se alude que a estos hombres los embriagó un impulso de empatía, un acto de profundo amor y entrega a la gente de El Salvador, al conocimiento y la educación. Dentro de esa penumbra que era El Salvador durante la guerra –pareciera apuntar el libro de Galán–, estos hombres dieron, creyeron, se arriesgaron.

Hoy en día, en El Salvador la penumbra no se ha disipado y todo parece más oscuro, por los graves niveles de violencia que permean la sociedad. “Ya no hay espacio para la luz, para lo ingenuo”, me dice Galán. La novela precisamente cierra con un escenario donde las luces se extinguen y el yo narrativo se queda en las sombras. El Salvador del siglo XX entró en un túnel del que aún no termina de salir. En ese túnel hubo algunas breves luces que, sin embargo, fueron brutalmente apagadas. Mentes brillantes y humanistas, más allá de la izquierda o la derecha. ¿Recuperaremos la luz?

Tania Pleitez Vela: Usted ya había escrito sobre ese acontecimiento histórico: una obra de teatro y un poema, me parece. Ahora el tema vuelve a aparecer en *Noviembre*. ¿Por qué ese tema le ha atraído tanto?

Jorge Galán: Siento una responsabilidad histórica con esos hombres que llegaron a mi país creyendo que podía ser un lugar mejor y que acabaron perdiendo sus vidas. Mi interés va mucho más allá del interés literario. Vivimos en un país que es una sombra, sin esperanza alguna, en el que mirar al futuro es asomarse a un abismo. La historia de estos hombres debe ayudarnos a abandonar el infierno que vivimos. Para unos son mártires, para otros simples víctimas, de una u otra manera son personas que murieron por un país que no era el suyo, por su necesidad de ayudar, de cuidar al otro. Esa humanidad se ha perdido. Es de esa humanidad de la que yo quería hablar en mi libro para reivindicarla.

T.P.V.: Ha elegido el género de la novela de no-ficción, género muy popular en el mundo anglosajón –lo que llaman *non fiction novel*– especialmente después de *A sangre*

***fría* de Capote, pero se trata de un género escasamente tratado en El Salvador. ¿Qué lo llevó a elegir esta forma literaria?**

J.G.: La literatura tiene diferentes límites, hay que decidir si quedar dentro o fuera de ellos. En primer lugar, quería reconstruir la historia de la manera más fiel posible, pero no quería renunciar a las posibilidades que ofrecía la ficción, es decir, no quería caer en el reportaje. Es una problemática por la que como usted dice transitó Capote y que resolvió muy bien. Darle voz directamente a los protagonistas era la manera de ser más imparcial, de reconstruir la historia de manera fiel, pero sin olvidar que los verdaderos protagonistas fueron asesinados. Ahí es donde la literatura juega un papel fundamental.

T.P.V.: ¿Hubo algún autor o libro que le sirviera como referencia para encontrar el estilo que vertebra a la novela?

J.G.: De la misma manera que el libro está construido a partir de diferentes testimonios, de diversas voces, su estilo se ha nutrido de géneros muy dispares. Quiero pensar que en él está lo mejor del género del periodismo, cultivado de manera magistral en el siglo XX por autores como Kapuściński, Grossman o García Márquez. También de la poesía de Neruda o de Miguel Hernández, de poetas que han sido testigos de grandes injusticias, o del teatro de Miller o la prosa de Faulkner. De esa manera se construye una voz, con mayor o menor acierto, que intenta sostener la tragedia humana.

T.P.V.: ¿Durante cuánto tiempo investigó y a quiénes entrevistó?

J.G.: La investigación me llevó unos tres años. Tuvo varios componentes. Obviamente había literatura escrita sobre el caso de los jesuitas y el de Rutilio Grande y Monseñor Romero, así que leí todo lo que podía al respecto. Pero la documentación bibliográfica sólo fue el principio. Lo más importante para mí fueron las entrevistas con personas implicadas que estuvieron presentes durante estos acontecimientos. Muchos aparecen como personajes en el libro (Tojeira, Sobrino, Cristiani ...), y muchos otros, la mayor parte, ha preferido permanecer en el anonimato. He hablado con decenas de personas que han aportado su experiencia sobre lo ocurrido.

T.P.V.: ¿Cuánto tiempo le tomó escribirla?

J.G.: El proceso final de redacción ha llevado unos dos años. La investigación ha sido mucho más larga. Es una historia que ha estado ahí conviviendo conmigo desde que tengo memoria. Se trata de un libro que siempre he querido escribir.

T.P.V.: ¿Cómo supo que había encontrado la voz y el tono apropiados?

J.G.: El tono y la voz llegan cuando empiezas a dialogar con tus personajes, cuando se instalan en el límite de lo real y son una parte de ti. Esa es la búsqueda más difícil de un escritor. En este libro tuve que enfrentarme a varios intentos fallidos hasta poder terminarlo.

T.P.V.: ¿De qué forma pasó del desgarró por los hechos históricos a la recreación literaria?

J.G.: El desgarró no me abandonó, estuvo ahí todo el tiempo. Me sumergí en lo que escribía, lleno de una tristeza que era tan real como lo sucedido veinticinco años antes.

T.P.V.: Cuénteme algo más sobre el proceso creativo en el que se embarcó.

J.G.: Mientras escribía, leía únicamente o libros relacionados con el tema, o algunos pocos autores cuya lectura causara en mí un incentivo propicio: Faulkner, algo de Hemingway y poco más de Cormac McCarthy. Era como una comunicación que me ayudaba a alcanzar un tono.

* * *

En la actualidad, Manuel Ollé, de la Asociación Pro Derechos Humanos de España (APDHE), y Almudena Bernabeu, del Comité de Justicia y Responsabilidad (CJA, por sus siglas en inglés), con sede en San Francisco, California, son la parte querellante del caso desde 2008, cuando presentaron bajo el principio de Justicia Universal una querrela criminal ante la Audiencia Nacional de España. El juez Eloy Velasco de la Audiencia Nacional de España lleva la causa y en el último auto de procesamiento –enero de 2016– se ordenó, a través de Interpol, la localización y captura de diecisiete militares retirados y acusados de ser los presuntos autores materiales e intelectuales de la masacre. En esta ocasión, el gobierno salvadoreño, por medio de la Policía Nacional Civil, atendió la orden en febrero. Sin

embargo, no todos los militares han sido localizados (solo se detuvo a cuatro). Una vez localizados y detenidos, la Corte Suprema salvadoreña deberá esperar la petición formal de extradición de la Audiencia Nacional para resolver si se envía o no a España a los militares requeridos.

* * *

El exilio

La novela vio la luz por primera vez en México, en octubre de 2015, y poco después se anunció su presentación en San Salvador, la cual se programó para la tarde del 11 de noviembre en la UCA. Semanas antes, a partir del anuncio de la publicación de la novela, Jorge Galán comenzó a sufrir una serie de intimidaciones e insultos y, por último, amenazas. Inmediatamente después de la presentación de la novela en San Salvador, acompañado por jesuitas de la UCA, el escritor se dirigió al aeropuerto y abandonó su país sin fecha de retorno, al mismo tiempo que sus amigos en el extranjero publicaron un manifiesto de apoyo. Al día siguiente, el campo literario salvadoreño se vio invadido por comentarios en las redes sociales en los que se ponían en duda las amenazas a Galán, incluso algunos insinuaron que se trataba de una estrategia editorial para posicionar el libro y venderlo.

Así, las reacciones en El Salvador se han concretado en tres niveles. El primero, las amenazas en sí. Al parecer, la novela se ha percibido como incómoda o “peligrosa” para algunos; como se dijo antes, se trata de una lectura sostenida que, por medio de recursos literarios y una sensibilidad poética, dinamiza una nueva intervención en la memoria histórica para matizar un imaginario, ya que se humaniza a unos hombres más allá de lo público. El segundo nivel, los insultos desatados en los comentarios de las notas de prensa publicadas en Internet, comentarios cargados de odio hacia su persona porque lo consideran un comunista. Y tercero, las reacciones de algunos escritores, críticos y comentaristas salvadoreños que ponen en duda las amenazas porque consideran que la publicación de la novela ha sido interesada y oportunista.

Desde el fin de la Guerra Civil salvadoreña, Jorge Galán es el segundo escritor que ha huido del país después de recibir amenazas. El primero fue Horacio Castellanos Moya, luego de publicar *El asco. Thomas Bernhard en El Salvador* (1997), una sátira sobre los falsos iconos nacionales que se supone identifican y representan a los salvadoreños. Cuando recibió las primeras amenazas, Castellanos Moya vivió un tiempo a Madrid, en 1999, aunque no en calidad de asilado. Luego, en la década de 2000, obtuvo una beca del programa Cities of Asylum, el cual acoge a escritores perseguidos o que no pueden dedicarse a la escritura en sus países de origen por condiciones adversas. El caso de Castellanos Moya tampoco estuvo libre de polémica y el escritor David Hernández lo acusó de mentir.

Jorge Galán afirma que nunca quiso escribir un libro combativo. “Fui muy ingenuo”, sostiene. De hecho, en el pasado, Galán había adoptado una actitud “apolítica” dentro del polarizado campo literario salvadoreño. Por otra parte, las insinuaciones y desconfianza desplegadas por algunos escritores salvadoreños le parecen absurdas: “¿Qué editorial se prestaría a algo tan sucio y terrible?” dice, y luego agrega: “¿Qué escritor quiere romper su vida abruptamente y alejarse de los suyos sólo para promocionar un libro?” No obstante, cuando compara esas insinuaciones con la dimensión de su estrés derivado de la incertidumbre y su tristeza –varias veces me menciona a su abuela de 97 años (a quien no sabe si volverá a ver), a su madre y su sobrina de tres años, con quienes mantiene una estrecha relación, la cual ahora se limita a llamadas telefónicas–, esta desconfianza pareciera ser lo menos importante para Jorge Galán. El proceso en el que se encuentra, derivado de su solicitud de asilo, es sumamente serio y exigente.

T.P.V.: ¿Desde cuándo empezaron a insultarle y amenazarle?

J.G.: El libro apareció en México el 15 de octubre de este año (2015). Desde entonces tuvo presencia en Internet, especialmente en las redes sociales. Nada más abrirse la página de Facebook de promoción de la novela empezaron los insultos. Me llamaban izquierdoso, comunista ... como si relatar la injusticia del asesinato de los jesuitas fuera una cuestión

únicamente política. Después recibí mensajes en mi teléfono móvil advirtiéndome de que alguien no quería que el libro llegase a El Salvador. Las amenazas comenzaron con la salida del libro y siempre han estado relacionadas.

T.P.V.: Según el comunicado de prensa, el hecho más fuerte tuvo lugar el 1 de noviembre, cuando dos hombres le amenazaron con una pistola. ¿Podría relatar lo que sucedió con mayor detalle?

J.G.: Me dirigía a mi casa caminando cuando un carro se detuvo a mi lado con dos personas dentro. El conductor se dirigió a mí insultándome y lo vi sacar una pistola. Fue entonces cuando comencé a correr. No se trata de un hecho aislado, los autores de la amenaza se han esforzado en dejar claro su procedencia y su sentido.

T.P.V.: Se vuelve a atentar contra la palabra escrita y la memoria histórica en El Salvador. ¿Cree que aún no hemos madurado como sociedad?

J.G.: Nuestro país vio morir a hombres ejemplares como Ellacuría o Monseñor Romero y tantos otros que murieron por unos ideales y por el sueño de un futuro mejor. Pienso en el caso de los jesuitas, lo que los mató fue el mismo odio que acabó con Rutilio Grande y Monseñor Romero. No se puede construir la paz sobre una injusticia y pisoteando a las víctimas. La impunidad destruye un país. El Salvador es un claro ejemplo de este mal.

T.P.V.: Usted salió del país hasta el 11 de noviembre. ¿Cómo vivió los días posteriores a la amenaza? ¿Se mantuvo escondido?

J.G.: Pasé diez días horribles en San Salvador, en los que pude reunirme con algunos amigos y con personas que me prestaron su apoyo y su experiencia. Quiero agradecer especialmente a la Embajada de España y al IDHUCA, que me asesoraron y me prestaron su ayuda. Recibí algunas indicaciones de seguridad y las cumplí de manera estricta. No estuve aislado del mundo pero tampoco quería estar visible para nadie.

T.P.V.: ¿Por qué se marchó del país hasta después de la presentación del libro? ¿Por qué no se mencionó la amenaza durante dicha presentación y se esperó hasta después de su partida para emitir el comunicado de prensa?

J.G.: No quería empeorar mi situación. Yo me había comprometido con la UCA en presentar el libro y sentí la responsabilidad de hacerlo. Los padres jesuitas estaban al tanto de

todo y respetaron mi decisión de ser prudentes. Quise formar parte del aniversario de la universidad sin protagonizarlo y convertirlo en lo que no era. Una vez presentado el libro, salí en el primer vuelo disponible.

T.P.V.: Seguramente todo esto debe de ser muy duro para usted y su familia, salir repentinamente del país sin tener claro el regreso, comenzar de nuevo en otro país. ¿Qué tiene que decir sobre las muestras de desconfianza por parte de algunos escritores salvadoreños ante lo que para usted ha sido un drama personal?

J.G.: Que ojalá no tengan que verse en una situación como la mía. He tenido que dejar a mi familia y me he puesto en manos de la solidaridad de los amigos. En un país que sufre tanto como El Salvador, es normal que haya quienes prefieren vivir en la mentira para sobrevivir al dolor. No los culpo. No es sencillo asumir que cualquiera de nosotros puede sufrir una injusticia o un ataque, vivir con esa certeza es un infierno cotidiano.

T.P.V.: Mientras que en su país, gente de su propio gremio ha puesto en duda su palabra, lo cierto es que fuera de él usted está siendo acogido por una amplia comunidad de intelectuales. ¿Cómo está afrontando sus primeros días en el exilio? ¿Qué está pasando por su mente y por su corazón?

J.G.: Con mucha incertidumbre y ansiedad. Nunca me habría imaginado en esta situación. Me siento muy agradecido a todas las personas que han firmado ese manifiesto que pusieron en marcha unos amigos. Me han hecho sentirme menos solo en un momento muy difícil para mí, es algo que no podré olvidar nunca.

T.P.V.: ¿Está ya escribiendo sobre esta experiencia que la vida le ha destinado?

J.G.: Han sido días demasiado tensos como para poder escribir. Apenas logro concentrarme para leer. La literatura se nutre de la vida, pero a veces la vida es también una trampa que hace imposible la creatividad.

* * *

A medida que ha pasado el tiempo, Jorge Galán se ha ido abriendo y relatando algunos detalles sobre aquellos días previos a su salida del país y otros detalles. En una entrevista publicada en el *Diario de Sevilla* en enero de 2016, afirmó lo siguiente:

En mi país existe una impunidad muy grande, una de las mayores del mundo. Muchos de los crímenes nunca llegan a ser juzgados y los asesinos llevan una vida normal. El asesinato de monseñor Romero y de los jesuitas de la UCA no iba a ser diferente. Es más, hay hasta quien se ha servido del crimen para ocupar cargos de responsabilidad y labrarse un porvenir. Al ver sus nombres en una novela publicada por Planeta, que iba a poder leer todo el que quisiera, vieron violada su impunidad de alguna forma. Se sintieron juzgados por la historia o por la literatura, y es algo que no ha gustado.

Muchos amigos me habían advertido. También había tenido *advertencias* durante la escritura del libro. Tal vez fui un inconsciente, pero pensé que no me pasaría nada. Nunca me imaginé en una situación así. Publiqué el libro porque quería que se conociera esa historia, porque es un episodio de la historia de mi país que no sólo no puede ser borrado, sino que tiene que ser reivindicado porque es un ejemplo de lo mejor y de lo peor de lo que somos capaces. Tratar de construir un país sobre la impunidad y el silencio conduce a lo que hemos visto, a una sombra, a una convivencia imposible.

Reconstruí la historia mediante los testimonios de los protagonistas. Muchos han aceptado ser personajes del libro, la mayoría, y otros han querido quedar en el anonimato por miedo a las represalias, posiblemente, y visto lo visto, con buen criterio. Los asesinos, en su mayoría, disfrutaban de una plácida vejez y hasta de puestos de poder.

Me ha sorprendido que, en España, haber escrito una novela sobre el asesinato de unos sacerdotes haga pensar que soy una persona conservadora. En El Salvador haber escrito ese libro hace que me señalen de comunista. Sin duda la percepción que tenemos de la Iglesia debe ser diferente. La fe parece no coincidir con ideología alguna, pero en América los jesuitas estuvieron del lado del pueblo frente a las dictaduras, fueron progresistas y comprometidos, es decir, quisieron la verdadera salvación de los hombres y de las almas. En Europa la Iglesia parecía entonces más preocupada de los asuntos divinos que de los humanos.

Al parecer, la intencionalidad humana y literaria de la novela aún no se ha llegado a comprender del todo en el país del autor. Cuatro meses después de su salida de El Salvador,

Jorge Galán vive en Granada, España, escribiendo y deseando una mejora de su situación económica y personal. Según una nota publicada en El País (14 de abril 2016), escrita por Mauricio Vicent, el poeta sigue esperando a que el gobierno español decida si le concede el asilo político. En caso que no lo obtenga, deberá volver a su país. Aquel día de noviembre, al final de nuestro encuentro, no le hice la foto que quería para acompañar este artículo. No es necesario ventilar el dolor en público, menos el ajeno. “Tengo que volver a ser hombre, a ser persona”, afirmó en un momento de nuestra conversación. Comprendí que Jorge Galán es un hombre discreto en sus formas, sabe que necesita recogerse, recolectar sus pedazos, asimilar la lejanía de su gente. En algún momento enfatizó: “El exilio es no querer estar donde se está.” Y en ese sentido, Jorge Galán es un exiliado de un tiempo irrecuperable, viajante aún sin rumbo en un espacio donde todavía no reconoce su querencia. La predicción no puede ser otra: su arte se convertirá en su nuevo país.